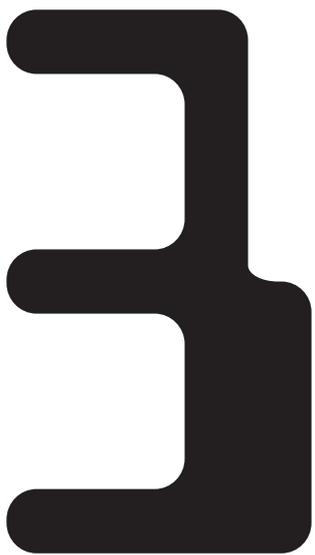


# **fugado de una centrifugadora**







apá estaba en el sótano centrifugando hibridomas de bazo de ratón cuando le informé de que me había alistado en la Academia Militar Wilford de Belleza.

El espíritu, el orgullo y la disciplina que adquirí durante los rigores de la Academia permanecerían conmigo el resto de mi vida. Nunca olvidaría los Cuatro Principios Cardinales: Trabajo en Equipo; Actitud Positiva; Pelo Suelto y Ondulado, Ni Aplastado ni Recogido; y Pelo Limpio, Brillante y Bien Nutrido. Años después de graduarme, de vez en cuando revolvía el baúl del desván y desempolvaba el pie, de vinilo color carne, de la clase de pedicura que le era entregado a cada nuevo cadete de belleza. A cada uña le aplicaba una nueva capa de cera, y los recuerdos regresaban en cascada... recuerdos de ser despertado sin ceremonias en mitad de la noche y enviado a misiones tácticas de 40 kilómetros

con un equipamiento completo que incluía poncho, kit de utensilios, raciones de comida enlatada, cantimplora, kit de primeros auxilios, brújula, toldo, pala de trincheras, tinte, acondicionador, fijador, dos cepillos (de cerdas naturales y de nailon), dos paquetes de rulos (de esponja y eléctricos), pasadores, horquillas, gomillas de plástico y un secador de serie de 1500 vatios.

En nuestra última misión —nuestro «examen final»— fuimos aerotransportados hasta una zona remota y saltamos en paracaídas directamente sobre un enclave hostil. Tuvi- mos que someter al enemigo utilizando tácticas de cuerpo a cuerpo como taekwondo y golpes pugilísticos, les cortamos el pelo en estilos apropiados a las formas particulares de sus rostros y les hicimos la permanente.

Rememorar nuestras infancias puede resultar terrible- mente amargo. Las personas a las que amamos parecen flo- tar en nuestros corazones (como esas motas entópticas que vagan por nuestros ojos), atormentándonos con la proximi- dad de su imposibilidad.

Cuando me licencié en la Academia Militar Wilford de Belleza, mi pobre y diabética madre era una mujer de sesen- taiún años, ciega y obesa. Se quedaba sentada en la entrada hora tras hora, punteando lastimeramente su banjo desafi- nado. Nunca parecía que tuviéramos mucho dinero aun cuando papá ganaba unos 60.000 dólares, lo que en aquella época era un montante elevado —papá era socio mayorita- rio en Chesek & Swenarton, una de las «Ocho Grandes» firmas de auditoría—. Pero el dinero se lo gastaba en su mayoría en su amante. Aunque me defraudaba profunda- mente que no estuviera más tiempo en casa con nosotros —habitualmente pasaba los días de Acción de Gracias y las navidades y las vacaciones de verano con su novia—, no me molestaba su infidelidad. Mamá estaba extremadamente gorda, llevaba todos los días la misma camiseta sin mangas hecha jirones, tenía la espalda y los hombros cubiertos de

acné y forúnculos, no usaba el váter. Papá, por otro lado, era bastante guapo, atlético, vigoroso, pulcro: un cruce entre Errol Flynn y Sir Laurence Olivier. Llegaba a casa después de un largo y productivo día en la oficina para encontrar a mamá en su sucia mecedora de la entrada, rasgueando hasta la saciedad aquellos arpegios atonales en su banjo. Pero para mí, para un niño, para su *hijo*, ella lo era todo. Ella era sabia... y clarividente. Nunca olvidaré cuando —en el verano de 1954— estábamos todos en un restaurante italiano en Belmar, New Jersey, y de repente mamá se desplomó de cara sobre un plato caliente de berenjenas a la parmesana. Y levantó la cabeza, su rostro cubierto de salsa humeante y queso mozzarella, y predijo en un tono espeluznante, oracular, la constitución del Mercado Común Europeo en 1958, el secuestro por parte de Corea del Norte del barco de la Marina de los Estados Unidos *Pueblo* en 1968, y la primera norma en la nación que obligaba a abrocharse los cinturones promulgada en Nueva York en 1984.

Cuando Elvis Presley, en la canción «El rock de la cárcel», cantó las palabras «Si no encuentras compañero, agarra una silla de madera», dio libertad a una generación de jóvenes para que amaran los muebles y, por extensión, amaran cualquier objeto inanimado de un modo que hasta entonces había estado estrictamente prohibido.

Al poco la psicopatología reemplazó a la etnicidad como factor crítico demográfico determinante. Ya no hubo barrios italianos, ni barrios cubanos, ni barrios irlandeses o griegos. Hubo barrios anoréxicos, y barrios narcisistas, y barrios maníacos y compulsivos. Ya no hubo desfile del Día de la Hispanidad ni desfile del Día de Puerto Rico; hubo desfile del Día de los Agorafóbicos. La Quinta Avenida cubierta de barricadas policiales, el tráfico desviado. Pero, por supuesto, la ruta designada estaba vacía, totalmente desolada, puesto que los que iban a desfilan, los espectadores, incluso el mismo Presidente del Desfile —agorafóbicos todos

y cada uno de ellos— no habían asistido, cada uno encerrado en el interior de la «seguridad» de su hogar.

La corrupción era una epidemia, alcanzando su apoteosis absoluta cuando el padrino paralítico de 94 años de la familia de mafiosos que controlaban el crimen organizado en Luisiana fue coronado Miss Universo en Taipéi, Taiwán, y premiado con un anillo de rugby, una tiara, un Renault, 8000 dólares en efectivo y el equivalente a un año de cosméticos Avon gratis.

Una mañana dada de un día entre semana, podía asistir-se a una asombrosa procesión de madres adineradas con bolsos de Louis Vuitton colgados en bandolera de sus hombros bronceados en salones de belleza acompañando a sus hijos, quienes asimismo iban resplandecientemente ataviados con lindos conjuntos de Oshkosh o, aún mejor, cara ropa de sport infantil de Laura Ashley. La procesión proseguía su camino hasta las afueras de la ciudad, bajo un puente destartado, pasadas las tuberías por las que se filtraba un barro cuajado de bifenilos policlorados, donde no era infrecuente ver, entre hordas de ratas empachadas, el cuerpo parcialmente descompuesto de bien una víctima de un asesino en serie, bien una víctima de asesinato de un cartel colombiano de la droga o simplemente un marginado adolescente comatoso encima de una pila de frascos de Robitussin vacíos. Allí se encontraba la «clase» al aire libre del excepcional profesor ambulante Uchitel. Uchitel, que aparentaba estar al final de la cuarentena, vestía caftán, mocasines y gorra de béisbol con la inscripción A SURFEAR. Por debajo de este atuendo, su cuerpo completamente lampiño (padecía de alopecia) olía realmente bien (a pachulí). ¿Quién era este Uchitel? ¿Por qué vivía y enseñaba en medio de aquella miseria tóxica? ¿Por qué estas madres estiradas, trastornadas por el estatus, materialistas se aventuraban en las peligrosas afueras urbanas y hasta dejaban a sus queridos niños mimados con este vagabundo enigmático? La leyenda se remon-

taba a varios años atrás, cuando una mujer acaudalada denunció la desaparición de Trevor, su hijo pequeño de siete años. Al cabo de cuatro días, la policía lo encontró —ileso— al cuidado de Uchitel, en la pésima chez-Uchitel. Una semana más tarde, Trevor —quien hasta entonces apenas si podía concentrarse el tiempo suficiente para comprender una frase de tres palabras— fue aceptado en un programa de posdoctorado en física de partículas en Stanford. Quince días después de su, así llamada, abducción, Trevor fue nombrado Analista Senior de Política Espacial en el Laboratorio Lawrence Livermore.

Por medio de Uchitel conocí a... Olivia.

Olivia acababa de regresar de las yermas tierras de la Patagonia, donde había estado haciendo excavaciones a la busca de fósiles de dinosaurios, para aceptar un puesto como Decana de Admisiones en la Escuela Uchitel.

Yo acababa de ser despedido de McDonald's por negarme a llevar una falda escocesa durante la semana de lanzamiento de los nuevos sándwiches McHaggis. (El Haggis es un plato tradicional escocés que consiste en el corazón, el hígado y los pulmones de una oveja picados con sebo, cebolla, avena y condimentos y hervidos en el estómago del animal.)

La vez que conocí a Olivia, tuve un comportamiento un poco rebuscado en cuanto a mi forma de expresarme. Dije cosas como: «¿Te apetecería una galleta y un vaso de secreciones líquidas de la glándula mamaria bovina?».

Pero Olivia me enseñó a ser despreocupado.

Y poco después de conocernos, pactamos que, si nos encontráramos en un avión que fuera a estrellarse, cogeríamos el walkman de la cabeza de alguien, agarraríamos tres o cuatro botellitas de whisky y nos pondríamos a follar —de modo que moriríamos en nuestro propio tipo de gloria— en esa vorágine extática de bebida y rock and roll y orgasmos. Sin embargo recuerdo la vez que le arrebatamos a un